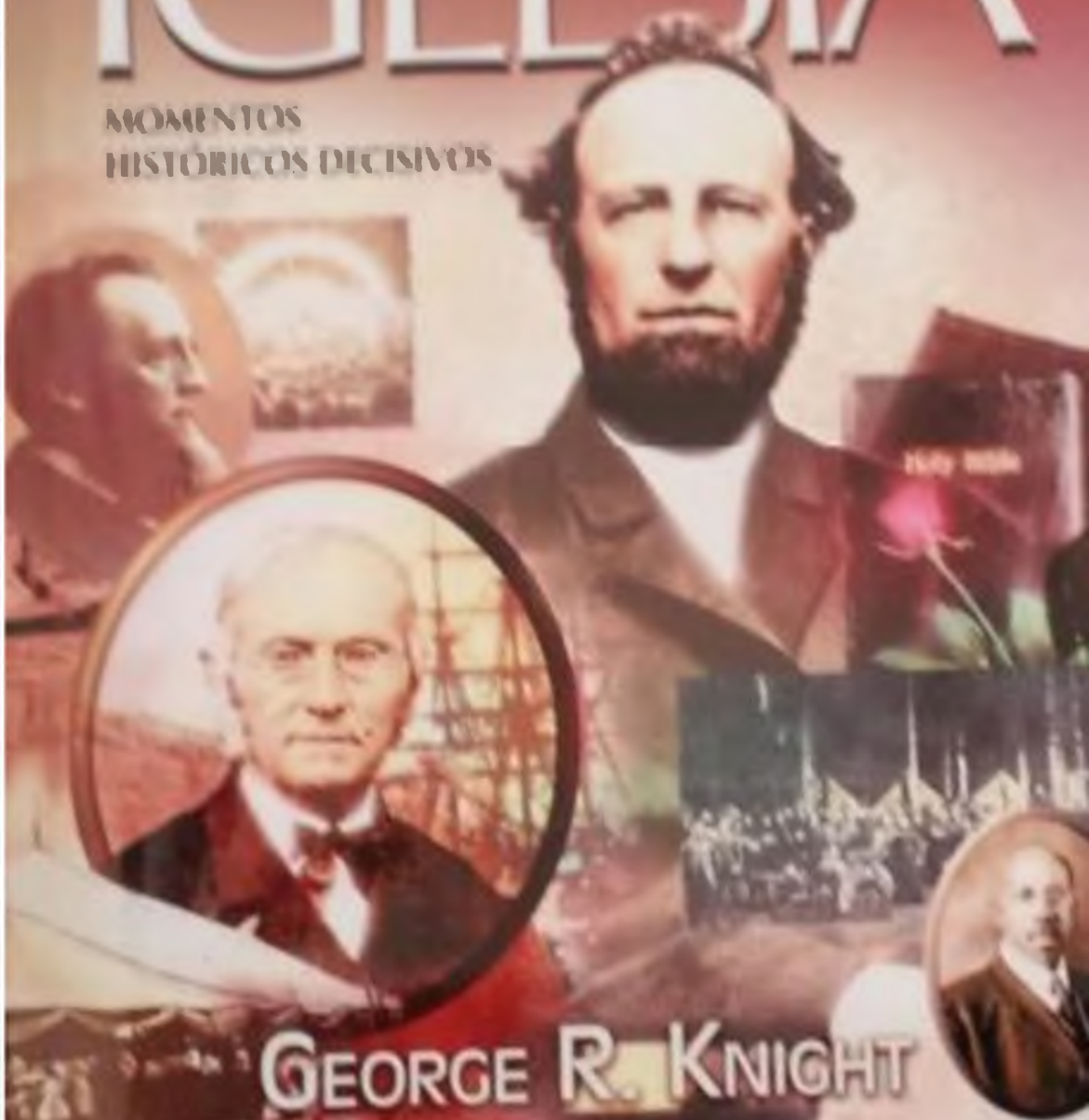


SERIE EL LEGADO ADVENTISTA



NUESTRA IGLESIA

MOMENTOS
HISTÓRICOS DECISIVOS



GEORGE R. KNIGHT

Título original en inglés:
A Brief History of Seventh-day Adventists
Copyright © 2005 Review and Herald Publishing Association.
55 West Oak Ridge Drive. Hagerstown, Maryland 21740 EE.UU.

NUESTRA IGLESIA MOMENTOS HISTÓRICOS DECISIVOS
es una coproducción de



APIA

Asociación Publicadora Interamericana
2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172, EE UU
tel 305 599 0037 – fax 305 592 8999
mail@iadpa.org – www.iadpa.org

Presidente	Pablo Perla
Vicepresidente de Producción	Daniel Medina
Vicepresidenta de Finanzas	Elizabeth Christian
Vicepresidenta de Atención al Cliente	Ana L. Rodríguez
Director Editorial	Francesc X. Gelabert



GEMA EDITORES

Uxmal 431, Colonia Narvarte, México, D.F 03020
tel. (55) 5687 2100 – fax (55) 5543 9446
Informacion@gemaeditores.com.mx - www.gemaeditores.com.mx

Director General	Tomás Torres de Dios
Director Financiero	Irán Molina A.
Director Editorial	Alejandro Medina V.

Traducción	Claudia Blath, Sergio V. Collins
Edición del texto	José I. Pacheco
Diagramación	Ideyo Alomía
Diseño de la portada	Ed Guthero
Ilustración de la portada	Lars Justinen

Copyright © 2005 de la traducción en español
Pacific Press Publising Association

Copyright © 2007 de la traducción en español actualizada

Asociación Publicadora Interamericana
GEMA EDITORES

ISBN 10: 1-57554-593-4, Serie completa
ISBN 9: 1-57554-532-2, tomo 1
ISBN 13: 978-1-57554-593-6, Serie completa
ISBN 13 978-1-57554-532-5, tomo 1

Está prohibida y penada por la ley la reproducción total o parcial de esta obra
(texto, diagramación, imágenes), su tratamiento informático y su transmisión,
ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia o por cualquier otro medio,
sin permiso previo y por escrito de los editores

Impreso por OP Gráficas
Bogotá, Colombia

Printed in Colombia

2ª impresión abril 2008

La era del crecimiento mundial

(1910-1955)

Las seis décadas transcurridas entre 1840 y 1900 contemplaron el crecimiento del adventismo hasta constituirse en una iglesia mundial. La década de 1900 a 1910 fue testigo de la reorganización de la iglesia y de sus instituciones para lograr un cumplimiento más funcional de su misión. Y después de 1910 se produjo un crecimiento que los pioneros difícilmente habrían podido imaginar. El grupito de unos cien adventistas que existía en 1848, insignificante y despreciado, había aumentado a 78.000 miembros en 1900. Y esa cantidad se había multiplicado hasta alcanzar 14 millones a mediados del año 2004. Un cálculo aproximado basado en la tasa actual de crecimiento de la feligresía de la iglesia sugiere que será de veinte millones para el año 2010. Además, mientras en 1900 la denominación todavía era predominantemente norteamericana, para mediados de la década de 1920 más de la mitad de su feligresía estaba constituida por miembros que vivían en otros continentes.

Probablemente, la mejor manera de definir el adventismo de comienzos del siglo XX es que era un pueblo dotado de una

y literario legado al adventismo ha continuado proporcionando consejos de valor incalculable a la iglesia a la que dedicó su vida.

La Sra. White, consciente de que probablemente iba a morir antes del advenimiento de Jesús, ya en 1912 hizo provisión en su testamento para la conservación de sus escritos. Designó a cinco hombres, quienes después de su fallecimiento asumirían el cargo de miembros de una junta permanente para que se ocuparan de sus bienes y “dirijan la gestión y lo relacionado con ella” y que “estimulen la publicación de nuevas traducciones”, y de la “impresión de compilaciones” de sus manuscritos (el texto del testamento completo aparece en el libro *Mensajera del Señor*, pp. 570-572, de H. E. Douglass).

Los fideicomisarios del Patrimonio de Elena G. de White han desempeñado estas funciones desde 1915 hasta el presente. Además de esto, han familiarizado tanto a los adventistas como a otras personas con Elena G. de White y su obra. Los fideicomisarios del Centro White tienen su sede en el edificio de la Asociación General, en Silver Spring, Maryland, Estados Unidos. Hay sucursales y centros de investigación relacionados con los fideicomisarios en todo el mundo. Estas extensiones de la oficina central del Patrimonio White, relacionadas con instituciones educativas adventistas, ofrecen oportunidades permanentes de investigación en los escritos de Elena G. de White y en asuntos relacionados con ellos.

Un período crítico pero prometedor

A pesar de crisis internacionales sin precedentes que incluyeron una depresión mundial devastadora, dos guerras mundiales y una guerra fría, la Iglesia Adventista, entre 1910 y 1955, experimentó el crecimiento y la expansión más grandes de su historia. Aunque esas crisis dificultaron la predicación del triple mensaje angélico en ciertos sentidos, en otros

ardiente misión de proclamar los mensajes de los tres ángeles al mundo entero. Entre 1910 y 1955 la denominación había reforzado y ampliado el programa misionero iniciado en 1890 hasta tal punto que el adventismo de mediados de la década de 1950 habría resultado irreconocible para sus fundadores.

El fallecimiento de Elena G. de White

Como ya vimos en los primeros capítulos, Elena G. de White, Jaime White y Joseph Bates fueron los fundadores de la Iglesia Adventista. Bates murió en 1872 y Jaime en 1881, pero Elena continuó liderando la iglesia hasta 1915. Aunque nunca tuvo un cargo administrativo oficial en la denominación, poseía una inmensa autoridad carismática. Sus escritos y consejos tenían un significado especial para miembros laicos y miembros de la cúpula administrativa de la iglesia.

El 16 de julio de 1915 falleció, a la edad de 87 años, “la ancianita con cabello blanco que siempre hablaba con tanto amor de Jesús” (como decían algunos de sus vecinos no adventistas; véase A. L. White, *Messenger to the Remnant*, p.108). Las últimas palabras que sus familiares y amigos escucharon de su boca fueron: “Yo sé a quién he creído”.

Se realizaron tres servicios fúnebres: uno en Elmshaven, California, lugar donde vivía; un segundo servicio en una reunión espiritual al aire libre realizada en Richmond, California; y el tercero en el Tabernáculo de Battle Creek. El pastor A. G. Daniells, presidente de la Asociación General, dirigió el servicio realizado en Battle Creek. Más de 3.500 personas llenaron el Tabernáculo, y otras mil o más no pudieron entrar.

La vida de Elena G. de White había llegado a su final, pero su influencia no había concluido. Cuando murió, dejó un legado de más de cien mil páginas de libros, folletos, revistas, artículos, cartas y manuscritos inéditos. El patrimonio espiritual

sentidos la magnitud de los desastres aumentó el interés en la segunda venida. Las “guerras y rumores de guerras” indujeron a la gente a considerar seriamente las “señales de los tiempos”. Los períodos de crisis en general han estimulado la evangelización adventista, aunque al mismo tiempo han retrasado la obra en las naciones afectadas por la guerra, y han entorpecido las comunicaciones a través de las barreras internacionales antagonistas.

La primera mitad del siglo XX no solo acarrió las crisis gemelas de la guerra y la depresión económica, sino, además, un cambio en la cultura en general hacia el secularismo. En muchos sentidos, ese cambio cultural llegó a su culminación en los años que mediaron entre la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión de la década de 1930. Esto fue especialmente evidente en Estados Unidos, nación que aún era el punto de apoyo más influyente en el adventismo mundial. Durante la década de 1920, los acontecimientos ocurridos en el país tendían a ejercer una impresión más notoria en la iglesia mundial que en el último cuarto del siglo XX.

De importancia especial para el adventismo fue la confrontación entre el liberalismo protestante y el fundamentalismo. Lo esencial de la lucha entre el liberalismo y el fundamentalismo tenía que ver con la naturaleza de la inspiración y la revelación. El adventismo auténtico tendía a seguir la línea de Elena G. de White, quien abogaba por la inspiración del pensamiento antes que por la inspiración de la palabra, lo cual alejó al adventismo de las ideas de la infalibilidad. La Biblia, sostenía ella, era infalible en el terreno de la salvación, pero no era infalible en el sentido radical de estar fuera de la posibilidad de dificultades o errores relativos a los hechos.

Durante las postrimerías del siglo XIX y comienzos del XX, líderes adventistas como A. T. Jones y S. N. Haskell, habían causado graves problemas en el adventismo con sus en-

señanzas acerca de la inspiración verbal y la infalibilidad tanto de la Biblia como de los escritos de Elena G. de White, quien aún vivía y podía recomendar moderación en el tratamiento del tema. Ella tenía como aliados a A. G. Daniells y W. C. White, quienes abogaban continuamente por una conceptualización razonable y no demasiado rígida de la inspiración de la Biblia y los escritos de Elena G. de White. Jones acabó rechazando a Elena G. de White debido a la flexibilidad de su sentido común en relación a la inspiración, posición que estaba en conflicto con la rigidez doctrinaria que él manifestaba.

Desafortunadamente, la fuerza y la magnitud de las luchas acaecidas en el protestantismo norteamericano durante la década de 1920, destruyó el cuidadoso equilibrio recomendado por los White y Daniells. Esa década fue testigo de una polarización en relación con los temas de la inspiración verbal y la infalibilidad entre los fundamentalistas y los liberales. Mientras los liberales trataban de desmontar con sus explicaciones la divinidad de la Escritura, los fundamentalistas hacían sus definiciones tan rígidas que tres cuartos de siglo después todavía mantienen ásperas discusiones en torno a ella.

El adventismo se encontró atrapado en medio de la crisis sobre la inspiración, y en la contienda, lamentablemente, perdió su posición equilibrada. Los hechos desplazaron a Daniells, Prescott, W. C. White y a otros que habían manifestado moderación en relación con el tema de la inspiración en la década de 1920, mientras la iglesia con una disposición de ánimo temerosa y reaccionaria llegó al extremo de publicar un libro de texto para los colegios adventistas, patrocinado por la Asociación General, que negaba explícitamente la posición moderada de Elena G. de White acerca de la inspiración del pensamiento, y en cambio abogaba por la infalibilidad y la inspiración verbal de cada palabra.

La pérdida de Elena G. de White y de la postura moderada del adventismo durante la década de 1920 encaminó a la iglesia hacia una década de dificultades en la interpretación de la Biblia y los escritos de Elena G. de White. Los problemas resultantes produjeron extremismos, equivocaciones y disputas en las filas adventistas, los cuales lamentablemente aún persisten.

Desde una posición más positiva, la década de 1920 presenció un reavivamiento del interés en la justicia de Cristo y la salvación en él. Los libros que siguen ejercieron una influencia especial: *Cristo, nuestra justicia*, de Daniells (1926); *Doctrina de Cristo* (1920) y *Salvador del mundo* (1929), de Prescott; *Su cruz y la mía* (1927) y *Vida de victoria* (1924), de Meade MacGuire; y *La venida del Consolador* (1928), de LeRoy Froom.

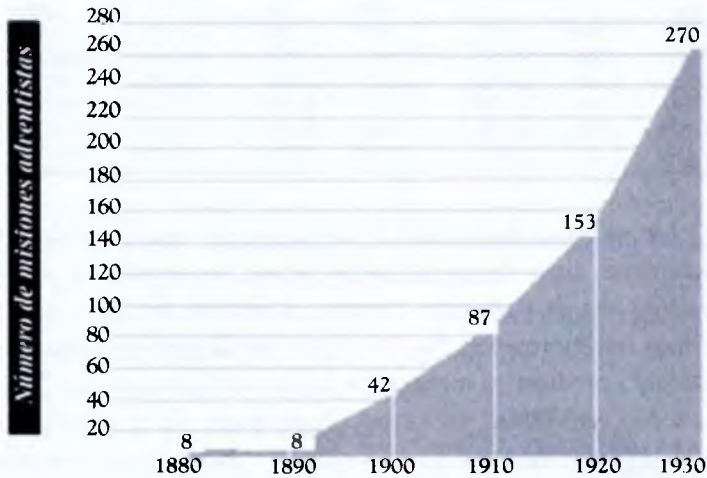
Crecimiento sin paralelo en las misiones adventistas

Durante las tres primeras décadas del siglo XX, dos de los dirigentes denominacionales con más afán misionero ostentaron las dos posiciones más importantes. A. G. Daniells ejerció de presidente desde 1901 hasta 1922, y luego fue secretario de la Asociación General durante los cuatro años siguientes. Entretanto, William A. Spicer actuó como secretario entre 1903 y 1922, y como presidente desde 1922 hasta 1930. El puesto de presidente en cualquier organización tiene gran influencia para marcar tendencias, pero en el adventismo, el secretariado es igualmente indispensable en lo que concierne a las misiones en el extranjero, puesto que el secretariado se había encargado, en 1903, del funcionamiento de la Junta para las Misiones Extranjeras. Spicer y Daniells no solo eran dirigentes capaces, sino que también estaban dedicados a las misiones y la predicación del mensaje del tercer ángel “a toda nación, tribu, lengua y pueblo”.

Resulta difícil comprender la magnitud de los cambios ocurridos en el desarrollo de las misiones adventistas, pero un grá-

fico que muestra el número cada vez mayor de misiones adventistas puede ayudarnos a detectar un movimiento expansionista que comenzaba a transformar a la denominación, de iglesia estadounidense a un movimiento mundial.

Figura 1
Expansión de las misiones adventistas



El examen de la figura 1 revela varias cosas. La primera es la falta de desarrollo en las misiones antes de la década de 1890. La segunda es, como vimos en el capítulo 5, la importancia crucial de la década de 1890, por ser aquella en la que el adventismo se percató de su misión mundial y luego decidió cumplirla.

Lo tercero que debemos destacar es que esta conciencia y decisión no se agotaron en la década de 1890. Por el contrario, la expansión de la década de 1890 continuó constante durante toda la administración de Daniells y Spicer. Y esta continua extensión misionera por el mundo no solo alteró los límites geográficos de la iglesia, sino que además cambió paulatinamente la naturaleza del propio adventismo. La tabla 1 ayuda a entender algunos aspectos importantes de esta transformación.

Tabla 1
Crecimiento de la Iglesia Adventista por décadas

Año	Obreros en Estados Unidos	Obreros fuera de Estados Unidos	Iglesias en Estados Unidos	Iglesias fuera de Estados Unidos	Feligresía en Estados Unidos	Feligresía fuera de Estados Unidos
1863	30	--	125	--	3.500	--
1870	72	--	179	--	5.440	40
1880	255	5	615	25	14.984	586
1890	355	56	930	86	27.031	2.680
1900	1.019	481	1.554	338	63.335	12.432
1910	2.326	2.020	1.917	852	66.294	38.232
1920	2.619	4.336	2.217	2.324	95.877	89.573
1930	2.509	8.479	2.227	4.514	120.560	193.693
1940	3.001	10.578	2.624	6.300	185.788	318.964
1950	5.588	12.371	2.878	7.359	250.939	505.773

Un examen de la tabla 1 revela no solo un crecimiento constante, sino además el hecho de que las décadas de 1890 y 1920 son de particular interés. La década de 1890, como vimos anteriormente, fue la década en la que la iglesia comenzó a predicar su mensaje de la hora del juicio como “testimonio a todas las naciones”. A mediados de la década de 1920 la denominación llegó al punto en que tenía más miembros fuera de Norteamérica que dentro. De modo que la iglesia no solo predicaba en todo el mundo, sino que además estaba comenzando a internacionalizarse. Este proceso continúa en el siglo XXI. Los plenos resultados de la internacionalización del adventismo, como veremos en el último capítulo de esta obra, se manifestarán completamente en el futuro en una iglesia que continúa siendo una de las que crece con mayor rapidez en el mundo.

Algunas de las consecuencias de la internacionalización ya se estaban manifestando a comienzos del nuevo siglo. Una fue la expansión de las bases de formación de nuevos misioneros en el extranjero. Aunque este concepto había surgido en el siglo XIX, Daniells procuró intencionalmente desarrollar el adventismo más en naciones como Alemania, Ingla-

terra y Australia, con el fin de convertirlas en mejores bases para lograr una expansión adicional.

Las primeras décadas del siglo XX vieron a la Iglesia Adventista de Alemania, bajo el liderazgo de Louis R. Conradi, asentar las bases del adventismo en el Oriente Medio y África Oriental. Los misioneros australianos, por su parte, extendieron el mensaje con rapidez en un sector considerable del Pacífico Sur. El adventismo británico, respaldado por el imperio global de la nación y una tradición misionera firmemente establecida, avanzó con rapidez para plantar el adventismo en diversos lugares del mundo. A medida que el siglo transcurría, había cada vez más Misiones en naciones desarrolladas y en vías de desarrollo, que se convertían en Asociaciones de sostén propio que podían funcionar como bases para promover nuevos avances misioneros.

El generoso aporte de diezmos y ofrendas misioneras, y la campaña de Recolección Anual, apoyaron el ambicioso programa de extensión misionera de la iglesia. La organización adventista inició el programa de Recolección Anual durante los primeros años del siglo XX para poner al alcance de los no adventistas la oportunidad de contribuir a los proyectos adventistas.

Los adventistas, por cierto, llevaron a casi todas partes su obra médica, educacional y de publicaciones. La base institucional de la iglesia se expandió proporcionalmente a la extensión de la propia iglesia.



H.M.S. Richards,
evangelista radiofónico

Los colportores, con su venta de libros casa por casa, se convirtieron en muchas naciones en la cuña de entrada para el triple mensaje angélico. La adopción de técnicas innovadoras en los campos de la comunicación y el transporte facilitaron además la propagación del adventismo.

En la tradición de propaganda masiva de Joshua V. Himes, H.M.S. Richards vislumbró las posibilidades propias de la radio para la difusión del mensaje adventista. En 1930 comenzó el programa *The Tabernacle of the Air* [El tabernáculo del aire] en la emisora KGER, en Long Beach, California. El programa de Richards, rebautizado con el nombre de *The Voice of Prophecy* [en español La Voz de la Esperanza], posteriormente se convirtió en uno de los primeros programas religiosos en incorporarse a la radiodifusión de ámbito nacional.

En un mundo en el que la televisión era todavía un medio de comunicación nuevo, cuya eficacia aún no se había puesto a prueba, el programa de William Fagal, *Faith for Today* [Fe para hoy], saltó a las ondas el 21 de mayo de 1950. La década de los cincuenta vio también el comienzo del programa televisivo de George Vandeman *It Is Written* [Escrito está]. El éxito alcanzado por Richards, Fagal y Vandeman, estimuló a emplear la radio y la televisión en diversos países.

A comienzos de la década de 1990 la denominación puso en marcha poderosas emisoras de radio en diversas partes del mundo con la idea de inundar el planeta con los mensajes de los tres ángeles. En la última parte de la década de 1990 la iglesia se adentró en terrenos de difusión estratégicos como Internet y el desarrollo de una red mundial de comunicación televisiva por satélite, con estaciones terrestres de enlace a miles de lugares. Todavía están por desarrollar las plenas posibilidades de la *Adventist World Radio* [Radio Mundial Adventista] y de los usos creativos de la tecnología informática y de los satélites de comunicaciones.

Los misioneros adventistas tenían también la inquietud de utilizar mejores medios de transporte. Las lanchas misioneras merecen una mención especial. Ya nos referimos a J. E. White y su empleo innovador de la lancha *Morning Star* en el Sur de Estados Unidos, a mediados de la década de 1890; pero había precedido a esto una aventura aún más romántica. La denominación había botado el barco *Pitcairn* en 1890 para difundir el Evangelio entre los pobladores de las islas del Pacífico Sur.

El empleo más habitual de lanchas misioneras adventistas, sin embargo, se ha realizado en el ámbito de las lanchas médicas. En 1930, bajo la inspiración del pastor Leo B. Halliwell, presidente de una Misión brasileña, la iglesia construyó su primera lancha. La *Luzeiro*, botada en 1931, llevó atención médica y el mensaje adventista a los pobladores que habitaban en las riberas del río Amazonas y sus afluentes. La *Luzeiro* fue la primera de una numerosa flota de lanchas-hospitales en Brasil y otros países. Durante los años cincuenta, los adventistas comenzaron a emplear aviones con el mismo fin. Para mediados de la década de 1950, el adventismo se había convertido sin lugar a dudas en una entidad religiosa mundial. Su programa misionero había tenido un éxito tal que había superado todas las expectativas. Este período también fue testigo de la expansión adventista en Estados Unidos entre el sector mayoritario de la población y también entre las minorías. A continuación nos ocuparemos del sector racial minoritario principal.

La maduración del adventismo entre los afroamericanos

Una "misión" norteamericana importante que se fue integrando paulatinamente en el adventismo a lo largo de todo el siglo XX fue la obra de la denominación entre los estadounidenses de ascendencia africana. Ese proceso, sin embargo, no se realizó con rapidez, ni tampoco los resultados fueron evidentes desde el principio.

Lamentablemente, el prejuicio racial, como los demás pecados, no queda totalmente erradicado con la conversión; tampoco las tensiones raciales existentes en una cultura resultan fáciles de superar para las iglesias que funcionan en ese entorno cultural. De modo que resulta lamentable, pero no sorprendente, que los adventistas hayan tenido su cuota de víctimas ocasionadas por asuntos raciales a medida que la cantidad de gente de color aumentaba en la denominación. Una de las primeras víctimas fue L. C. Sheafe, quien alcanzó cierta prominencia en círculos adventistas en los últimos años de la década de 1890, y fue orador frecuente en las reuniones de la Asociación General durante una parte considerable de la década siguiente.

Para 1907, sin embargo, Sheafe, que era pastor de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del Pueblo, en Washington, D.C., hacía trámites para separar su congregación de la denominación. Parte de la razón tenía que ver con el asunto de la discriminación racial. A. T. Jones, con el fin de aprovechar esta situación, viajó desde Battle Creek para atizar las llamas del descontento. Posteriormente, Sheafe, aliado con Jones, trató de apartar de la denominación a las iglesias de color de otros lugares del país.

Dos años después, tal vez en respuesta a la defección de Sheafe, la Asociación General estableció el Departamento para Gente de Color Norteamericana, para que velara por los intereses de los adventistas afroamericanos. Los primeros tres secretarios departamentales, como era de esperar, fueron blancos. Pero eso cambió en 1918, cuando un talentoso abogado negro, llamado William H. Green fue elegido secretario, cargo que retuvo hasta su muerte, ocurrida en 1928. Bajo el liderazgo de Green, a pesar de la continua discriminación, la obra prosperó entre los afroamericanos.

Sin embargo, la discriminación provocó nuevamente la defección de un pastor negro. En 1929 J. K. Humphrey sacó

de la denominación a su iglesia de 600 miembros, la Iglesia Adventista de Harlem, en la ciudad de Nueva York.

En ese mismo año, algunos prominentes pastores afroamericanos comenzaron a exigir que se organizaran Asociaciones para gente de color. Argüían que una organización separada contribuiría a hacer prosperar la obra entre los afroamericanos. Pero los dirigentes blancos no aprobaron la petición, de modo que transcurrieron quince años hasta que las Asociaciones para gente de color se convirtieron en realidad. Mientras tanto, George E. Peters y Frank L. Peterson dirigieron el Departamento para Gente de Color Norteamericana.

El impulso final para organizar Asociaciones para población de color ocurrió a comienzos de la década de 1940. A la cabeza estaban los miembros cultos y profesionales de la Iglesia de Efeso, en Washington D.C. Por estar situados en las proximidades de la sede mundial de la denominación, fue difícil para los miembros de Washington ignorar su condición de gente discriminada en la iglesia. No podían matricular a sus hijos en el Colegio Misionero de Washington, y tampoco podían hacer uso del comedor anejo a la Asociación General.

La crisis estalló en el otoño de 1943, cuando el Sanatorio Adventista de Washington ordenó que Lucy Byard, mujer de raza negra pero de tez clara, fuera trasladada a otra institución médica cuando los dirigentes se enteraron de su identidad racial. Debido a una serie de demoras en su traslado



Frank L. Peterson,
dirigente negro pionero

al Hospital Freedman, la mujer murió de neumonía. La encolezada comunidad adventista afroamericana consideró la muerte de Byard un martirio causado por una norma de exclusión racial.

Acontecimientos subsiguientes llevaron a acaloradas discusiones entre dirigentes adventistas en cuanto a la mejor forma de satisfacer las necesidades de los adventistas afroamericanos. La mayor parte de la feligresía afroamericana abogaba por una plena igualdad en las Asociaciones existentes. Pero los dirigentes denominacionales en una cultura todavía en gran parte segregada, no estaban dispuestos a satisfacer ese anhelo. En consecuencia, un número cada vez mayor de dirigentes de la denominación se convencía de que las Asociaciones para gente de color eran la respuesta. En abril de 1944 se adoptó el acuerdo que autorizaba la organización de Asociaciones para gente de color, en el concilio de primavera de la Asociación General. El 1 de enero de 1945, la Asociación de la Región de los Lagos se convirtió en la primera Asociación de afroamericanos de Estados Unidos. Otras Asociaciones "regionales" se organizaron en rápida sucesión.

Algunos afroamericanos argüían que la obra adventista entre las minorías tendría más éxito si se realizaba con obreros de la misma raza. El aumento de los adventistas de color desde el establecimiento de las Asociaciones para afroamericanos ofrece un amplio apoyo para la idea. En 1944 los miembros de raza negra eran 17.000, el 8 % de la feligresía total de la División Norteamericana. Para mediados de 1997 la feligresía de color había aumentado a 262.000, un 30 % del total. Esto significa que desde el momento en que los afroamericanos asumieron el control de su propia obra, esta ha crecido cuatro veces más que el resto de la feligresía de la División Norteamericana.

Durante las décadas de 1950 y 1960 los afroamericanos tuvieron cada vez más cargos en la Asociación General. Es indudable que este proceso se intensificó bajo la influencia del

movimiento de los derechos civiles dentro de la cultura norteamericana durante los primeros años de la década de 1960. En 1962, Frank L. Peterson se convirtió en el primer vicepresidente afroamericano de la Asociación General. La década de 1960 también vio a la Asociación General pronunciarse contra la discriminación racial en las instituciones denominacionales.

Durante la última parte de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, surgió un movimiento tendente a la creación de Uniones para gente de color en Estados Unidos. Pero la organización, en lugar de acceder a las exigencias, decidió aumentar la influencia de los dirigentes afroamericanos dentro de la denominación, dándoles cargos en las Uniones. Los representantes de color también fueron elegidos como miembros de comisiones. Este mismo plan se ha puesto en práctica en el caso de la creciente población hispana en Estados Unidos para asegurar una voz hispanoamericana en todos los niveles.

Durante la década de 1980, la denominación en Estados Unidos fue testigo de gente de color que ocupaba posiciones de liderazgo con las que no se hubiera soñado veinte o treinta años antes. Por ejemplo, Charles E. Bradford fue presidente de la División Norteamericana, Robert H. Carter sirvió como presidente de la Unión de los Lagos, y Calvin Rock fue vicepresidente general de la Iglesia mundial.

Algunos todavía se preguntan si la iglesia debería tener Asociaciones separadas por razas. Calvin Rock comenta que no todas las Uniones tienen Asociaciones separadas, y en las que las tienen, estas no están



Charles E. Bradford,
primer presidente negro
de la División Norteamericana

segregadas. En realidad, algunas Asociaciones regionales tienen pastores de raza blanca, y hay Asociaciones “blancas” que tienen pastores y administradores afroamericanos. El argumento general de Rock es que las Asociaciones regionales debieran constituir una opción, si eso facilita la misión de la iglesia al mundo (*Adventist Review*, 26 de septiembre de 1991). Por otra parte, como se observó anteriormente, la “línea del color” se está tornando cada vez más difusa tanto en lo que concierne a la asistencia a la iglesia como incluso al liderazgo. Por supuesto, eso no significa que ya se haya alcanzado el ideal ni que hayan desaparecido todas las tensiones.

Con la internacionalización de la iglesia durante el período posterior a 1955, han continuado las tendencias de crecimiento del adventismo mundial que se vieron entre 1910 y 1955. Un crecimiento de la iglesia semejante al que se ha producido entre los estadounidenses de raza negra se han repetido alrededor del mundo y en otros grupos minoritarios en Estados Unidos, a medida que los blancos de América del Norte, Europa y otras regiones del mundo han ido traspasando posiciones de liderazgo a administradores autóctonos. Si la primera mitad del siglo XX vio al adventismo difundirse por todo el mundo, la segunda mitad lo vio dando pasos de gigante hacia la meta de convertirse verdaderamente en un cuerpo religioso integrado internacionalmente.

Para quienes deseen saber más

Knight, George R. *Nuestra identidad: Origen y desarrollo*, capítulo 6.

Land, Gary, ed. *Adventism in America*, pp. 113-170.

Reynolds, Louis B. *We Have Tomorrow*, pp. 292-357.

Schwarz, Richard W., y Floyd Greenleaf. *Light Bearers*, pp. 339-655.

Weeks, Howard B. *Adventist Evangelism in the Twentieth Century*. Washington, D.C.: Review and Herald, 1969, pp. 11-245.

White, Arthur L. *Ellen G. White*, t. 6, pp. 302-448.